

MEZKLUM

Esta semana que yo recuerde no ha pasado nada especial. Tuvimos un susto la anterior, que se quedó sólo en eso, una falta. Lo teníamos hablado desde que nos casamos. Los hijos no eran negociables en nuestra relación. Sí que estuvo algo enfadada porque el día que fue al ginecólogo no pude acompañarla, pero se le pasó. Quizá un poco más irascible por la tensión y eso, pero nada que con un ramo de flores y una tarjeta cariñosa no se arreglara. Lo de que no nos comprendéis es típico, a todas las pasa en esos días. Mejor dejarlas y, como decía mi abuelo, los toros bravos desde la talanquera.

Ella siguió de compras con sus compañeras de trabajo. ¡La de chuminadas que pueden existir para una casa! Eso sí, si algo le sugiero que no queda bien o no me gusta, lo descambia. No le importa.

La tanteé, por si colaba, y le hablé de una nueva pala de pádel Varlion. Es increíble, el no va más, ¡menuda ilusión tenerla! Los domingos juego con mi vecino, mientras ella se va al cine con su mujer. Pues me la compró y mi vecino ¡joder qué suerte, consigues todo lo que quieres!

El sábado la acompañé a comer a casa de su madre. Vamos todos los sábados. Nos viene bien por no guisar y recoger, ¡menudo rollo! En cuanto acaba la sobremesa nos marchamos. ¡Ya se enzarza en interminables charlas telefónicas con su madre cada noche! Además yo siempre tengo algún trabajo pendiente y ella organiza la casa. Se le da muy bien.

Por eso, que se pasara esta semana entera sin pisar la calle más que para ir al trabajo, me dejó perplejo. Y que no quisiera salir fuera a celebrar su cumpleaños, más. Que no le apetecía nada, dijo. Pero yo no le hice caso y preparé una sorpresa en un restaurante nuevo del que me habían hablado. Reservé antes de decírselo y no le di otra opción. La conozco bien, si se encabezona es la única manera. Cuando ella protestó, bromeé.

“Mujer que cuarenta tacos no se cumplen todos los años” Creo que lo empeoré. Pese a mi insistencia fue con desgana, relatando que estaba apática y no podía con su cuerpo.

Vamos a Mezklum, un restaurante un tanto chill Out lleno de luminosidad, para animar a Laura que está baja de moral. Eso le dije a mi hermano y a mi cuñada que nos iban a acompañar. Con ella se lleva bien.

Aún no estaba lleno cuando entramos. Era más grande de lo que me había figurado. Al llegar al segundo salón mi hermano, que cotilleaba la decoración del local, se quedó mirando con descaro a la pareja de la mesa junto al reservado que nos habían dispuesto. Yo la miré de soslayo por curiosidad. Y no pude disimular tener la misma impresión. ¡Se parecía tanto a ella!

El reservado repleto de cojines y envuelto en una especie de mosquitera blanca. El suelo de cristal dejaba ver bajo nuestros pies, unas ruinas que algún día excavaron. Tuve que controlar la sorpresa pero no pude ocultar mi enfado cuando, nada más traernos la carta, mi hermano me soltó a bocajarro: “oye, ¿qué fue de Margarita?

Carraspeé, tardé en contestar ¡Qué tontería! Poniendo la mano en el cuello, respondí con voz azorada “No sé, no he vuelto a verla desde el instituto”.

Me volví a Laura y, sin dar tiempo a una posible réplica de mi hermano, sugerí “Cariño, me han recomendado que no dejemos de pedir el mousse de dulce de leche. Lo hacen riquísimo”.

Laura con voz y mueca seca replicó “antes tendremos que pedir los entrantes y algo de segundo plato ¿no?” Se había dado cuenta de algo.

Mientras nos poníamos de acuerdo sobre qué cenaríamos, me fui relajando aunque me duró poco. Laura se empeñó en pedir champán antes de la cena. Le advertí “Te recuerdo, cariño, que te levanta dolor de cabeza”.

Laura reteniendo la respiración contestó “Y yo te recuerdo que si ya lo tengo, me alivia, tesoro”. Al ver su cara enrojecida como si fuera a estallar, me fijé que había cambiado la raya de su pelo y el mechón del flequillo se le volvía a la cara. Con irritados manotazos intentaba quitárselo de en medio. La cosa se ponía mal. Mi hermano propuso dejarlo para el brindis del final. Sí, eso, ¿podríamos brindar por las ataduras?, me espetó con las manos y los ojos alterados. Di un respingo. La llegada del camarero me ayudó a mantener el tipo. Pese a todo había algo especial en su cara, estaba más guapa.

Después todo parecía marchar bien, ellas dos hablaban sin hacernos mucho caso. Un alivio. Escuché cómo le decía que la salsa caramelizada del lenguado estaba muy rica y me relajé.

Hacía bochorno. Me quité la chaqueta y al ir a colocarla en el respaldo de la silla pude mirarla con detenimiento. No era ella, era más joven y sus ojos no eran azules, sino marrones. La chica me sonrió. Le devolví la sonrisa. Al sentarme otra vez frente a Laura aún debía esbozar algo de esa leve sonrisa devuelta porque ella la interceptó. Y mantuvo unos ojos de reproche que nunca le había visto hasta que desvié los míos y los llevé a la mesa. Tardó un rato en quitárseme un molesto tic en el párpado que no podía dominar.

Cenamos sin mediar palabra, menos mal que mi hermano no dejó de alabar toda la comida que nos servían y los recovecos del restaurante. En cuanto tomamos el postre, Laura pidió una aspirina y quiso marcharse. Nadie le llevó la contraria. No me apetecía irme a casa pero ni protesté. En el intervalo en que Laura fue al baño, mi hermano comentó que cada vez estaba más rara. Pero mi cuñada atajó con que lo único que pasaba es que se le notaba que estaba a disgusto.

Nos despedimos. Ellos se fueron a tomar una copa por allí cerca. Nosotros nos fuimos hacia el parking de la plaza de Benavente a recoger el coche.

Me esforcé por mantener la mente en blanco, no quería bronca. Estoy seguro de que iba por el camino pensando que mi hermano y yo éramos cómplices, que me encubría. Mira que se lo tengo dicho, que no me hable entre dientes en su presencia. ¡Qué manía tiene! No se da cuenta de que los hombres no podemos ocultarles nada.

De repente la escuché decir en alto “quién”.

—¿Quién qué, cariño? —Le pregunté.

—Tú sabrás, yo no he dicho nada, lo has imaginado, me respondió cortante.

En voz baja argumenté: “Perdona creí haberte oído decir...”

Ella añadió, con voz de fastidio, “Es mejor dejarlo estar”.

Lamenté haber preguntado e hice como si no la hubiera oído.

Se detuvo un instante. Una parte de ella quiso seguir hablando pero puso el dedo índice entre los labios apretados y se contuvo. Su mirada clavada en mí insistía en reprocharme. Yo, por segunda vez en la noche, tuve que apartar la mirada. No volvimos a hablar. ¡Vaya nochecita!

Aceleré el paso. Fue llegar al parking, buscar las llaves del coche y comprender que se me habían caído al sacar la cartera con las prisas y los nervios. Yo había invitado, yo tenía que pagar. No quiso acompañarme y se quedó allí rígida como un pasmarote. Sacó su polvera y por el espejito simuló pintarse los labios argumentando que se le habían resecaído. Pero lo orientó para poder ver cómo me alejaba. No tardaré, le grité intranquilo. Y no me detuve ni un segundo. La llave la habían guardado en el mostrador del restaurante. De modo que no pasé de la entrada. Casi ni les di las gracias.

Cuando volví no estaban ni ella ni el coche. Recordé que siempre lleva el juego manual de llaves pero nunca lo utiliza. Se me ocurrió pensar en por qué no me las daría. ¿Por qué se habría llevado el coche? La llamé al móvil, como no contestaba, cogí un taxi. El taxista quería charleta pero yo no podía prestarle atención.

Entré en casa. Todas las luces encendidas. Laura, normal, encerrada en el cuarto de baño y yo dándole vueltas a ¿dónde se habría metido?

Golpeé con los nudillos la puerta “¿Estás bien?”

Claro, contestó como si nada. Eso sí, no vino al salón, estuvo pululando por las habitaciones y yo sentado en el sofá reconcomiéndome sobre si el coche estaría intacto. No le pregunté ni protesté por no empeorarlo. Parecía tan tranquila, tan calmada que me puse nervioso. Así que pensé que ya se habría quedado a gusto vengándose de mí por lo de la chica.

Al día siguiente como todos los domingos me levanté y fui a la panadería. Me encanta el currusco de pan crujiente con mantequilla. Antes pasé por el garaje y respiré. El coche no tenía ni un rasguño. Cuando volví me pidió que hiciera el chocolate. Me cogió por sorpresa, yo nunca lo hago. Tardé porque las dos primeras tazas se rebosaron en el microondas.

Entré el comedor con ellas en la mano. No daba crédito a lo que veía. Estaba terminando de comerse un currusco y el pan decapitado en sus dos extremos. Su caja de cereales de salvado sin tocar. Pero si a ella le engorda el pan ¿por qué se había engullido mis curruscos? Y sin apartar la vista de mi mano comenzó a dar vueltas a la alianza, se la quitaba y se la ponía en el dedo jugueteando con ella hasta que se le cayó a la taza de chocolate. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? ¿A que no me ha perdonado que no

la acompañara al ginecólogo? Comencé a hacer bolas con las migas de pan para que no creyera que la observaba.

Por fin habló “cuidado, cariño, si no bajas los hombros, vas a contracturarte los trapecios, ya sabes que son tu punto flaco”. Recogió sus cacharros del desayuno y los llevó al lavavajillas.

Entonces comprendí que después de todo quizá hubiera pasado algo. Si no por qué iba a estar tan rara...

Lourdes Chorro